



CULTURA

ARQUEOLOGIA DE UN INMORTAL

Este que veis ahora prócer de la Lengua comenzó a balbucir esa misma lengua en Villaviciosa. La recibió de doña Guadalupe de la Concha Manjón, su madre y se afianzó con su padre don Miguel García Caveda.

El semanario ORIENTACIONES dio noticia de su natalicio el miércoles 3 de febrero de 1934: había nacido el domingo anterior, postrer día del año 1933, cuando acababan a misa de nueve. Aquellas campañadas que doña Guadalupe no olvidó jamás y con su amable dulzura recordó muchas veces al hijo, anunciaban —ahora lo sabemos— el nacimiento de un inmortal. El hogar estaba justo enfrente de la Casa de la Cultura hoy en ciernes.

GENEALOGIAS

No es la primera vez que Villaviciosa contribuye a la tarea de limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua castellana.

Ya en 1847, al producirse la primera ampliación de los sillones, Pedro José Pidal y Carneado, Marqués de Pidal y Vizconde de Villaviciosa, ocupó el sillón de la minúscula. Pidal hizo labor erudita y a él se deben aportaciones de peso acerca de diversas obras de la antigüedad. Ello no le brotó de las invectivas del atrabillario Anonio de Valbuena: «Porque siendo la mejor condición para tener entrada en ese cuerpo (= la Academia)... la de no haber escrito nada, o haber escrito muy poco, o tal que eso poco sea malo, es muy cierto que don Pedro José Pidal tuvo condiciones de académico para sí y para toda su ascendencia, pero no es menos cierto que Alejandro Pidal, su hijo, aún prescindiendo de las herencias, tiene de suyo condiciones de sobra» (1).

La andanada estaba dirigida, como se ve, contra Alejandro Pidal y Mon, que entró en la Academia en 1882. Parece que Alejandro invocaba como un cierto derecho de herencia. Su hermano Luis, segundo Marqués de Pidal, entraba en la Academia en 1884. Y todo ello soliviantaba al difunto Antonio de Valbuena, detector de pios académicos y aristocráticos (2).

No termina aquí la constelación de los pidales. Si Alejandro y Luis eran nietos de Villaviciosa, también lo fue el director de la Academia Ramón Menéndez Pidal. Por su padre era de Pajares y su madre doña Juana Pidal tenía su casa en Villaviciosa, calle de Cervantes en el número 19 (3).

Así que por parte de los pidales tenemos una constelación de un padre y dos hijos, más dos parientes nietos de Villaviciosa, Ramón (1901) y Juan (1914) Menéndez Pidal.

Víctor entra por méritos propios bien conocidos y con expectativas de futuro. Es mucho lo que este infatigable trabaja-



Año. 1942

Tercera fila: Raúl Llosa Bembibre (†1985), Agustín Arce Obaya (†31-V-1991), Gonzalo Hevia Noriega, José Llosa, J. Manuel Cayado, Fernando Iñigo, Tomás y Manuel G. Pedrayes, Juan Sánchez Cueto, Ernesto Robledo Caveda (†2-IX-1952), Víctor García de la Concha, Ramón Turrión.

Segunda fila: Luis García de la Concha, Arsenio Moris Fernández, Pedro Lozano Bastián (†1988), Rafael Rey García, Alfonso Palenzuela Obaya, Justo Riesgo Morán, (?), (?), (?), Manuel Busto Alonso, José L. Villa Ortal (†1991).

Primera fila: F. Javier Prida Lavandera (†1950), Luis Arce Obaya, Ángel Valle Escalada, Manuel Madrera Collada, Etelevino González López, J. Ramón Miyar Caridad, Fernando Miyar Villarrica, René Riesgo Morán (†1950), Gonzalo Gil Álvarez, Bernardo González Suárez (†26-XII-1973), Manuel y Emiliano Fernández Solares, (?).

dor de la Lengua puede dar a la Academia; y si no, al tiempo. Pero no es sólo una promesa: ahí está su obra, ya, y el prestigio ganado (4). Y, además, de raza le viene. Su abuelo Víctor García Caveda, hermano de Joaquín, era nieto de José Caveda y Nava. De la Concha se precia de ser tataranieto del íntegro republicano y sabio académico. Caveda y Nava a su calidad de patriarca de las letras asturianas une su condición de académico de la Lengua, donde ingresó en 1851 ocupando el sillón de la L mayúscula hasta su muerte (1882), en que le sucede José Zorrilla en su segunda —caso único— elección para la docta Casa.

TRANSICION

Ahora, sin duda, nos contarán unos y otros los méritos indudables de la obra del nuevo académico. Se publicarán trabajos que tenía en el telar. Hasta es posible que se trace semblanza y biografía. Nosotros ya dimos cabida a eso en esta revista (5). Lo que muy pocos pueden contar lo vamos a recordar ahora. Como fueron los inicios de su andar intelectual, los palotes, eso, no podrá referirlo nadie más que un exiguo puñado de personas, los que están en la foto adjunta.

Víctor García de la Concha vivió en Villaviciosa hasta los once años: «Mi padre se trasladó entonces como juez a Gali-

cia. La verdad es que, pese a lo que allí nos querían, mi familia se sintió siempre de paso, y vivía —vivíamos— al ritmo de la referencia constante a Asturias y, más concretamente, a la Villa. Yo volvía con más frecuencia por estudiar en Oviedo» (6).

Hasta ese traslado estudió en el Colegio San Francisco, de donde confiesa la deuda contraída con Luis Cortés por la afición que le infundió por la lectura. Y antes, fue alumno, párvulo, del San Rafael.

Nos interesan ahora esos tiempos primordiales del académico.

ARQUEOLOGIA MENTAL

Los palotes y el silabario se los entregaron las hijas de Joaquina de Vedruna en su Colegio de la Calle del Agua. La Hermana Victoria regía el aula de los parvulitos. Presidía una imagen de la Inmaculada que en el mes de mayo tenía rendidas a sus pies tantas pajaritas de papel como alumnos. Ellas ascendían o bajaban por las escalinatas según fuera el comportamiento del representado. La cocotología aplicada a la educación. El caso es que la de Víctor, su pajarita de papel, estaba habitualmente en alto peldaño, peligrosamente cercana a una serpiente. Lo que a él no le amedrentaba, porque prefería vivir peligrosamente con tal de acabar gloriosamente.

Disponía el aula de un par de ábacos, tal vez tres, que la Hermana entregaba al alumno para que, junto con otros compañeros, diera paso de izquierda a derecha a las unidades, las decenas y hasta los millares.

Al tiempo entregaba a otros unas cajas ocupadas con cartones de deletreo para que, retirado cada cual en un rincón del aula, entregara al tormento las yemas de los dedos. Configuradas las letras en papel de lija sobre fondo blanco, aquel cartón cercado de una cenefa color de rosa desvaído, era cárcel para los dedos tan delicados de los parvulitos, que habían de recorrer morosamente la rugosa superficie pronunciando en voz baja el nombre de la letra, que no el de la rosa.

La eeeee-me, por larga, tenía la máxima animadversión de quienes no estuvieran afectados de masoquismo precoz. La i-puntito disfrutaba de generales simpatías, sin duda por oposición a la otra y, más complicada.

A Víctor la c minúscula le suscitaba sentimientos reivindicativos de identidad porque en la local fonética jamás le llamaban pronunciando ese fonema enérgico que parte su nombre propio.

Aquellos cartones de leer eran invento, al parecer, de la Montessori y es que las hijas de Vedruna estaban muy al día en metodología didáctica.

No bastaba con leer. Había que aprender a escribir. Una pequeña laja de pizarra, enmarcada por sus cuatro costados, ofrecía dos caras para que en ella se grabaran letras, números, dibujos, con un punzón o estilete también de piedra, el pizarrín. Después aparecieron estiletes de cera o manteca, más suaves. También las lajas de pizarra fueron sustituidas por placas de latón pintado. Pero siempre se llamaron pizarras y pizarrinos. Y aún los tablones de aula sobre los que escribe el profesor sus rasgueos se siguen llamando pizarra: salir a la pizarra puede ser un tormento superior al potro inquisitorial.

Más adelantado el párvulo, podía empezar a escribir en cuaderno, con lapicero Faber, que era de mina -lapis- blanda y se borraba con goma de Milán.

Desde aquel silabario y aquellos pizarrinos ha llegado a construir el parvulito estudios espléndidos sobre Los senderos poéticos de Pérez de Ayala, La poesía española de posguerra, El arte literario de Santa Teresa, León Felipe, cuatro volúmenes de La poesía española de 1935 a 1957, El cancionero de romances y coplas del Carmelo de Valladolid, Nueva lectura de El Lazarillo. Y más. A partir de aquellos mimbres.

Llegada cierta hora de la tarde, todos los parvulitos se acomodaban en los largos pupitres verdes. Los mayores habían de limpiar los plumines y recogían sus tinteros; los menores borraban lo garabateado en su pizarra. Lo mandado era limpiarlas con un trapito ad hoc; era más expeditivo pasar la manga del guardapolvo caqui antes de recoger en el cabás. Era la hora de la lectura. Gran expectación.

Los sábados leía la Hermana la secuencia del evangelio del día siguiente y lo explicaba. Eran momentos deliciosos en que jugaba la imaginación, el sentimiento, la bondad manifestada con los desvalidos, la pintura del ambiente: el polvo del camino,

las estrellas, el agua, el vino, un atardecer brillante. El trigo desconocido. El misterio.

Los demás días se leía un librito de recuerdo imperecedero. Es posible que el día de su solemne recepción en la docta Casa al leer su discurso sobre *La llama de amor viva*, él haga anamnesis de aquella obrata para sus adentros. Víctor y algún que otro mayor aportaban diligentemente unos paquetes de libros atados con cinta de Balduque, los repartían bajo la mirada discreta de la monja e iniciaban la lectura de la vida y virtudes de Antoñito Martínez de la Pedraja. El piadoso niño, muerto de meningitis a los siete años, había recibido la primera comunión a modo de viático. Su piedad, obediencia, alegría, amabilidad y amor a los suyos pasaban por las mentes vírgenes troquelando apetencias de virtud y santidad. Un día enfermó un compañero, también de meningitis, y como él recibió la comunión por primera vez y como viático. Quedóse dormido en una cajita blanca, adornada su sonrisa con dos tapones de algodón en las narices. La muerte y el entierro de Miguel Rubio Alonso no hizo sino confirmar que todo lo de Antoñito Martínez de la Pedraja era cierto, experimentalmente cierto (7).

(En el último verano, paseando con J. Antonio Vallín y Pepe Luis Cueto por El Sardinero, nos preguntábamos qué habría sido de Antoñito si hubiera sobrevivido a la meningitis y le imaginábamos disfrutando de conspicua jubilación por su Santander natal/fatal.)

El cuartito era una institución en la clase. Se pedía permiso para el pis urgente cruzando los brazos: «Hermana ¿me deja ir al cuartito?». Un leve gesto con la cabeza y allá se iba uno a un cubículo reducido a más no poder. Al lado estaba debajo de la escalera un angosto reducto donde la Hermana Victoria encerraba a los enrabietados. Entre ambos, pendiendo en el hueco de la vetusta escalera, la cuerda de una campana tentaba al más sensato: hacerla sonar era un sueño, que algunos más audaces realizaron... una sola vez en su vida. Porque además por allí andaba San José que sostenía una larga vara de azucenas teniendo de la mano al Niño Jesús.

San Rafael estaba al lado aconsejando a Tobías, que no sabía qué hacer con una gran merluza del pinchu.

El día de San Rafael, Víctor presidía y predicaba. Siempre fue de verbo brillante: eso lo saben hasta los sordos. Se ignora qué ciudad le tocaba representar en el mapa viviente que se formaba en la huerta, pero hay vehementes sospechas de que era Madrid, que más tarde tocó en suerte a Luis Arce. Sin embargo, hay opiniones firmes que le atribuyen Salamanca, por las conchas y los vítores. No es sentencia desorientada.

Las cosas del cole terminaban a las cinco de la tarde. Sonaba el pitu *La Espuncia* y la onza de chocolate esperaba en casa; en otoño e invierno las *castanneae molles* del clásico estaban cocidas y el bol de leche preparado.

Los escolares calzaban las almadreñas que reposaban en un madreño en el vestíbulo del colegio.

De ahí le viene la tendencia a calzar alto coturno.



LOS PADRES DE VÍCTOR DE LA CONCHA (IZQ.), PASEANDO CON UNOS AMIGOS POR LA CALLE DEL SOL

CONCLUSIONES

El sillón de la c minúscula, (8) es una restitución de la /c/ hurtada por la fonética local.

De todos modos también el «vítor» le va y nunca como en este momento.

Paradójicamente, obtenido el vítor de la Academia, se desposa con la c.

Una síntesis, de la que Villaviciosa siente orgullo.

¿No le hará la Villa un homenaje? Sus amigos lo pedimos.

NOTAS

(1) A. Valbuena y Gutiérrez. *Ripios académicos*. Madrid 1912 4.º, pág. 38.

(2) La pasión de los Pidal por escribir llega al paroxismo con Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós, primer Marqués de Villaviciosa (1870-1949), a quien Alfonso Camín lanzaba el conocido reto: «Señor don Pedro Pidal / Marqués de Villaviciosa / juego un duro contra un real / si hay quien entienda esa prosa / de esquinab». Y, la verdad, no es para menos. En cambio en el terreno de la erudición y la bibliomanía la marcha iniciada por Pedro José culmina en su nieto Roque Pidal B. de Quirós († 1960). Francisco Vindel, ya en 1934, le atribuía con razón «espíritu habilísimo de bibliófilo. Los Pidal salvaron para España, entre otras cosas, el códice del Poema del Cid, el Cancionero de Baena y una nómina inacabable de joyas literarias (F. Vindel. *Los bibliófilos y sus bibliotecas*. Madrid, 1934).

(3) En la misma casa vivió y murió su pariente Pedro Pidal-Arroyo, alcalde local bajo cuyo mandato se acabó la obra de la Casa de la Villa, y se ordenó la Plaza del pueblo, que llevaba su apellido.

(4) Por no poner más que un ejemplo concretísimo: José Antonio Muravall en su última y magnífica obra *La literatura picaresca desde la historia social* (Taurus, Madrid 1986), le cita cinco veces: «Como agudamente ha visto Víctor de la Concha»... «según la expresión que ya he utilizado de Víctor de la Concha»... «G. de la C. ha revelado» (pp. 443, 316 y 540-541) etcétera.

(5) CUBERA n.º 15, pp. 10-12.

(6) Carta de 26 de noviembre de 1989.

(7) En ninguna librería de viejo de las muchas que conozco he topado ejemplar alguno de este Antoñito. Hay que seguir buscando, porque es una guía inapreciable de la arqueología de nuestro pensamiento y de nuestras orientaciones en la vida.

(8) Que sea la c minúscula no significa un sillón menos importante. Minúsculos fueron Pío Baroja (a), Menéndez Pidal (b), Dámaso Alonso (d) y mi amigo García Nieto (i). De la Concha ocupa el sillón que estrenó el Duque de Rivas en 1847, a quien siguió Antonio Cánovas del Castillo (1865), y por penúltimo Ricardo Gullón, su amigo.

E. G.

